

DETRÁS DE UN EPISODIO

# Veinticinco años del magnicidio de Rodrigo Lara Bonilla

*Gabriel Bustamante Peña<sup>1</sup>*

Rodrigo Lara Bonilla condensó en su pensamiento, vida y obra, la lucha histórica contra las mafias que pretendieron apoderarse del Estado colombiano, alienar y someter a la sociedad y mancillar la dignidad de la nación. Su asesinato, contrario a lo que pensó el crimen organizado, no constituyó el triunfo de aquella sórdida unión de bestiales narcotraficantes, sicarios paramilitares, empresarios sin escrúpulos y políticos corruptos –que aún hoy, bajo otras formas, actúan y se enriquecen impunemente sobre los cadáveres y sufrimiento de millones de colombia-

nos– sino que, por el contrario, su valiente sacrificio abrió los ojos de un país aletargado por el dinero fácil y congregó conciencias para oponerse al aberrante proyecto de convertir a Colombia en un Estado paria, en un país dominado por el crimen organizado.

Hoy, veinticinco años después de su magnicidio, la lucha continúa. Las mafias han mutado sus estructuras organizacio-

---

<sup>1</sup> Asesor jurídico-político de la Corporación Viva la Ciudadanía y columnista de diversos medios escritos y electrónicos.



nales y siguen manoseando al país bajo la complicidad de algunos militares, funcionarios y jueces; se han reestructurado con ciertos políticos y empresarios hasta llegar a confundirse; continúan utilizando la violencia como medio de apropiación de no sólo extensas zonas del territorio nacional, vinculadas a las principales fuentes de riqueza lícitas e ilícitas, sino también del poder político que les garantice impunidad y enormes beneficios legales. La mezcla de masacres, desplazados, narcotráfico, violaciones y corrupción con la búsqueda de representación política a nivel regional como nacional, y la captación de las instituciones del Estado, que hoy conocemos como parapolítica, o mejor dicho, narcoparapolítica, fue lo que combatió Rodrigo Lara Bonilla desde el Nuevo Liberalismo, el Senado de la República y el Ministerio de Justicia.

“Soy un Ministro peligroso para sectores que están al margen de la ley”, afirmó Lara unos meses antes de su muerte, en agosto de 1983<sup>2</sup>. De igual manera, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que su memoria y su legado lo siguen haciendo peligroso para el hampa política, empresarial y militar que está en la actualidad entregando el país a las mafias. Las mismas estructuras criminales que en los ochenta lo asesinaron –al igual que a centenares de políticos, jueces, periodistas, policías y colombianos honestos que siguieron su ejemplo– continúan delinquiendo tranquilas, con los magnicidios y crímenes que hasta hoy siguen impunes.

Recordemos tan solo lo que sentenció el entonces Senador Rodrigo Lara, em-

pezando 1981, en una intervención en el Congreso de la República: “¿Se logrará la paz en Colombia mientras la política dependa de una manera tan sensible del dinero? (...) Dinero de los grupos económicos, de las mafias, de la corrupción pública; dineros que, de no ser controlados drásticamente, terminarán por acabar nuestra democracia<sup>3</sup>”. Hoy, más de dos décadas después, la infiltración de lo peor del crimen organizado en el Congreso y su captación del Estado, sumado a la falta de voluntad política para adelantar una verdadera reforma electoral, le están dando dramáticamente la razón. Por esto, el olvido de lo que representa Rodrigo Lara Bonilla para Colombia y la renuncia a la verdad histórica sobre las causas y los responsables de su desaparición, representan una muerte más contundente que las implacables ráfagas de los sicarios que intentaron callarlo infructuosamente, aquel 30 de abril de 1984.

El presente texto intenta a través de la vida de Rodrigo Lara Bonilla acceder no sólo una radiografía de la convulsionada Colombia de principios de los ochenta –donde Lara fue un antagonista indiscutible del crimen y la corrupción contemporánea– sino también a los antecedentes y sucesos políticos y sociales que marcaron su personalidad y su posterior vocación política: indagar en las circunstancias du-

2 Diario El Tiempo, 1 de mayo de 1984.

3 Acta de las sesiones ordinarias. Comisión I del Senado de la República, 5 de febrero de 1981.



rante las cuales desarrolló su niñez y su juventud, la “violencia”, el Frente Nacional y el posterior conflicto social colombiano, enmarcados políticamente por el desarrollo y evolución del liberalismo social (del cual él y Luis Carlos Galán fueron sus últimos dolientes) y el ambiente internacional signado por la guerra fría, con su antesala actual de lucha mundial contra el narcoterrorismo. Y todo esto, para rescatar el carácter iconoclasta de Rodrigo Lara Bonilla y su visionaria mirada del acontecer nacional, en la cual hay muchas claves para entender nuestro inmediato presente, pero sobre todo, muchas advertencias de lo que lo que nos puede deparar el futuro.

## La Colombia en que nació Rodrigo Lara Bonilla

*“Yo soy yo y mis circunstancias”*

*José Ortega y Gasset*

En la primera mitad del siglo XX, hechos como los levantamientos obreros, la Revolución Bolchevique y la aparición del Estado Soviético (1917), la Revolución Mexicana (1910-1917), la gran depresión económica y social de 1929, la implantación del “Nuevo Trato” Keynesiano en Estados Unidos y la incubación de los Estados Bienestar europeos transformarían las concepciones clásicas del liberalismo y las teorías del Estado moderno. Un nuevo modelo de contrato social políticamente incluyente, económicamente distributivo y progresivamente garantista de derechos y libertades fundamentales, se imponía bajo la fuerza de la historia sobre

los Estados gendarmes de los liberales clásicos.

Fue también está la época en que el problema de la droga se comenzó a asumir como un campo de combate global. En 1922, el Congreso de los Estados Unidos definió oficialmente el tráfico de cocaína como narcotráfico, prohibiendo su importación y consumo. Las Convenciones firmadas en Ginebra en 1925 y 1931, a las cuales se adhirió Colombia por medio de las leyes 68 de 1930 y 18 de 1933, se suscribieron para vigilar la producción, fabricación, distribución y venta de drogas estupefacientes. Posteriormente, en 1938, los Estados Unidos regularon y restringieron la venta de la coca, producto que constituyó en años anteriores uno de los principales insumos de importación en Norte América, tanto para industrias como la farmacéutica, como para la producción de la que sería la bebida más popular del mundo y símbolo innegable de la globalización: la Coca Cola<sup>4</sup>.

La Colombia de la época también se desenvolvía bajo enormes contradicciones y conflictos violentamente apaciguados por las élites políticas y económicas que manejaban el poder en aquel enton-

4 En el libro “De la coca a la cocaína: una historia por contar” (Juan Carlos García Hoyos, Universidad del Rosario, 2007) se expone una cronología del proceso de criminalización de las drogas y se desnudan las manipulaciones históricas que los países consumidores han ejercido sobre los productores. Manipulaciones que terminaron siendo definitivas en las etapas actuales del conflicto armado y la violencia social en Colombia, a través de las que se impuso desde los ochenta como narco-terrorismo.



ces. Protestas como la huelga de los trabajadores de la United Fruit Company, a finales de 1928, donde miles de jornaleros, pequeños propietarios y comerciantes de la zona bananera del Magdalena se levantaron contra la multinacional y contra el régimen conservador ante sus dramáticas condiciones sociales y su humillante situación laboral, son un ejemplo de ello. Lejos de recibir atención de un gobierno formalmente democrático, lo que consiguieron fue la expedición de un decreto de estado de sitio. Orden, al igual que la hoy dictada por los poderes económicos predominantes, que se constituyó en el marco desde el cual el Ejército, al servicio de una transnacional y no de la República, acribilló al pueblo reunido en asamblea. Después de la masacre, la tragedia no terminaría, comenzarían meses de detenciones masivas, desapariciones, violaciones, ejecuciones extrajudiciales y toda clase de atropellos aplaudidos y apoyados por la empresa bananera<sup>5</sup>.

El hecho indignó al país. Los estudiantes, convertidos en actores sociales por primera vez, se levantaban contra el autoritarismo gubernamental del conservador Miguel Abadía Méndez. Y en medio

de esta crisis, surgiría la voz que estremería a todo un pueblo, la figura de un joven abogado, un representante a la Cámara que a través de sus denuncias y debates desde el Congreso le daría una nueva concepción a la discusión del papel del Estado en Colombia. Surgiría Jorge Eliecer Gaitán y con él, el liberalismo social como proyecto político. La tragedia de las bananeras terminó por derrumbar la hegemonía conservadora y traería al poder a el partido liberal, de la mano de Enrique Olaya Herrera, el 9 de febrero de 1930, tras derrotar en las urnas a Guillermo Valencia.

Con Olaya en el poder, el liberalismo social empezó a colocar sobre la agenda los problemas estructurales de la sociedad colombiana: la precaria situación de los trabajadores, el abandono de los campesinos, el papel del Estado frente a los sectores vulnerables y la desigualdad social. En medio de la crisis económica mundial, se comenzaron a establecer medidas de protección para la industria nacional, se fortaleció el mercado interno, se suprimieron gran parte de las importaciones, se comenzó la construcción de grandes carreteras y ferrocarriles, inversiones en los puertos, estímulos a la educación pública y fortalecimiento del magisterio. Pero muchos sectores del liberalismo, especialmente jóvenes de tendencias socialistas, se sintieron defraudados con las tímidas reformas de Olaya Herrera.

Luego vendría, en 1934, Alfonso López Pumarejo, quien llegó dispuesto a profundizar y consolidar los postulados del liberalismo social, a través de su Revolución

5 La United Fruit Company, recientemente volvería a ser protagonista de la historia violenta de Colombia, está vez vinculada a la financiación de grupos paramilitares y a su complicidad en el asesinato y la masacre de sindicalistas y comunidades de la región del Urabá. Por estos hechos, Chiquita Brands, como hoy se llama la transnacional bananera, afronta procesos judiciales en Colombia y EEUU.





en Marcha. Este programa de gobierno representó una apuesta más radical de transformaciones y desmonte de las viejas instituciones retardatarias, y se convirtió en política de Estado a través de la reforma constitucional de 1936.

López Pumarejo asumió con mayor contundencia los grandes cambios políticos, económicos y sociales que la Colombia de la época exigía. De esta manera, aparecieron los impuestos progresivos sobre la renta, los grandes patrimonios y las plusvalías. Por otro lado, se fortaleció el derecho al trabajo y las garantías de asociación por medio de la consagración del derecho a la huelga, la libertad sindical, el horario laboral de ocho horas y el salario mínimo. Dentro de una visión social demócrata del Estado, se le asignó a la propiedad una función social y se facilitó la expedición de la primera ley de tierras. Se estableció la educación obligatoria y gratuita en la primaria e importantes programas de asistencia social a los sectores menos favorecidos. También se rescataron los principios laicos al establecerse la

libertad de cultos y separar la educación del dogmatismo religioso.

López fue un liberal nacionalista, que llegó a desafiar los intereses extranjeros en el país, a los grupos privilegiados (especialmente a los terratenientes) y a la iglesia, sectores que vieron en él al peor enemigo de sus intereses. La continuación del proyecto político de la Revolución en Marcha sería, desde finales de los setenta, una de las grandes obsesiones de Rodrigo Lara Bonilla. Obsesión que lo llevaría a plantear un significativo debate al interior del partido liberal, en una disputa que se agudizaría con la renuncia de la mayor parte de la dirigencia del partido al liberalismo social y la entrega de la colectividad a las imposiciones de las doctrinas de la seguridad nacional y del neoliberalismo económico en el gobierno de Julio Cesar Turbay (1978-1982).

De 1938 a 1942 gobernó el también liberal Eduardo Santos, quien, en lo esencial, dio continuidad a las reformas fundamentales de la Revolución en Marcha. Pero en su gobierno de conciliación partidista, los conservadores y la derecha del partido liberal conspirarían para comenzar el desmantelamiento de los avances del liberalismo social. López sería reelecto en 1942, pero encontraría instalada una pugnantísima oposición que le impediría terminar su segundo período y un descontento al interior de su propio partido que le restaría apoyo político para mantenerse en el cargo.

La violenta conspiración de sus antagonistas estaba decidida a desestabilizar al país antes de seguir permitiendo que



López Pumarejo continuara el desmonte de sus privilegios. Por esta vía, llegaron a cooptar a altos mandos del ejército y fue así como en 1944 y al mando del Coronel Diógenes Gil, unos oficiales secuestraron al presidente López en la ciudad de Pasto. Afrenta que sólo duró un par de horas y terminó con la condena de los golpistas.

Por último, y aprovechando la ambición de su negociante hijo, Alfonso López Michelsen, los opositores destaparon los casos de influencias injustificadas en que incurrió el delfín, que pasaron a la historia como “los escándalos de Handel y la trilladora Tolima”. Escándalos que a la postre darían por terminado prematuramente el segundo gobierno de la Revolución en Marcha. El propio Gaitán estuvo en desacuerdo con la reelección de López y, ante la inmoralidad familiar expuesta, fue implacable crítico de su gobierno. López Pumarejo presentó su renuncia definitiva e irrevocable el 31 de julio de 1945 y el 7 de agosto tomó posesión del primer cargo de la nación Alberto Lleras Camargo, quien por un año ejercería un gobierno de transición hasta las elecciones de 1946.

Fue en estos años de crisis que a Colombia se le impuso la política de criminalización mundial de la droga y el país expidió su primer estatuto antinarcoóticos, la ley 45 de 1946 y su decreto 896. La legislación prohibía el cultivo y distribución de la coca, en un tiempo en que la cocaína era prácticamente desconocida en el país, y mucho menos, se imaginaba su exportación.

En este convulsionado ambiente político y social, don Jorge Lara Trujillo y doña

Raquel Bonilla González traerían al mundo a Rodrigo Lara Bonilla, en la ciudad de Neiva, capital del departamento del Huila. Un niño que desde su primer llanto dejó claro que llegaba al mundo para ser escuchado. Los primeros meses de vida del pequeño Rodrigo Lara coincidirían trágicamente con los últimos de Jorge Eliecer Gaitán. El líder liberal sería uno de los principales referentes políticos de Lara Bonilla, e inspirador de sus múltiples debates respecto al papel del liberalismo y del Estado en Colombia.

Para entonces, Jorge Eliecer Gaitán aglutinaba cada día a más y más seguidores, que lo convirtieron en el candidato ideal para llevar a la presidencia a un liberalismo social mucho más radical que el de la Revolución en Marcha. Pero la oposición conservadora al liberalismo había desatado desde los inicios de 1946 un enfrentamiento tan radical como violento, en el cual, los conservadores, decidieron anticiparse a la disputa electoral y eliminar físicamente a quienes podrían llevar el liberalismo social al poder nuevamente. Campesinos, obreros y clases populares fueron masacrados por millares desde entonces.

La valentía de Gaitán, al enfrentar desde la plaza pública al pusilánime gobierno de Ospina Pérez, en 1947, y solicitarle responsabilidad política por los asesinatos de miles de compatriotas, sería motivo de emulación por Lara Bonilla muchos años después, cuando la violencia disfrazada de seguridad nacional, volvería a bañar de sangre al pueblo colombiano.



## La infancia de Lara en el marco de la violencia en Colombia

En 1948 Jorge Eliécer Gaitán es el jefe del liberalismo y se ha convertido también en un candidato presidencial invencible; y precisamente por eso es asesinado ese fatídico 9 de abril. Su magnicidio terminó de incendiar la etapa de odios partidistas exacerbados, coyuntura sangrienta conocida como “La violencia”. La máxima expresión de uno de estos polos estuvo representada en la derecha política encabezada por Laureano Gómez, quien llegó a la presidencia como candidato único ante la renuncia del aspirante liberal Darío Echandía en protesta por los múltiples asesinatos contra su partido que tocarían hasta su propia familia, con el homicidio de su hermano, Vicente Echandía.

Gómez se posesionó el 7 de agosto de 1950 y fiel a sus convicciones suspendió las Cortes, restringió las libertades y garantías civiles, pretendió acabar con el sindicalismo, la libertad de prensa y la libre expresión. Alimentó la violencia con sus medidas de represión y persecución de la oposición, período en el cual comenzó con fuerza el desplazamiento forzado, ante la arremetida de los terratenientes y su voracidad en la acumulación de tierras. Gómez sepultó la educación laica y le devolvió los poderes a la iglesia, mientras pretendía implantar un régimen a imagen y semejanza del modelo vigente en España en los comienzos de la dictadura franquista.

Fue en medio de este ambiente de intolerancia política, que se vivió con es-

pecial crueldad entre los liberales y conservadores de su natal Huila, que Rodrigo Lara Bonilla daba los primeros pasos de su infancia. La violencia rápidamente pobló de desplazados procedentes de las zonas rurales a su querida Neiva, ciudad que además albergó refugiados de los departamentos del Tolima, Valle del Cauca, Cundinamarca, Boyacá y Caldas.

Siendo muy niño Rodrigo Lara debió presenciar en las etapas iniciales del entendimiento las acaloradas discusiones que siguieron ante los sombríos acontecimientos del 6 de septiembre de 1952, cuando el periódico liberal El Espectador fue asaltado e incinerado por orden de los conservadores. Reconstruyendo de las cenizas el diario de su familia, comenzó a destacarse el joven periodista Guillermo Cano, quien tres décadas más tarde, y ya como director del periódico, se cruzaría en la vida de Lara para secundarlo en su quijotesca y valiente lucha contra las mafias de la política y del narcotráfico. Cano y Lara sellarían una marcial amistad y compartirían heroicamente una causa, que finalmente los llevaría a la muerte. En estos años cincuenta ya eran tristemente famosos los pájaros y chulavitas, precursores de nuestros actuales paramilitares; y como respuesta, se organizaron las primeras guerrillas, de filiación liberal, pero paradójicamente denominadas autodefensas. La violencia se degradó rápidamente y comenzaron las mutilaciones, las decapitaciones, las violaciones de mujeres, las masacres de niños y toda clase de atrocidades inimaginables.





Rodrigo Lara debió haber escuchado por aquella época las historias de aquel líder campesino, que organizaba autodefensas liberales y se convertía ya en símbolo de resistencia frente a la sanguinaria dictadura conservadora. Campesino que se hacía llamar “Manuel Marulanda Vélez”, en homenaje a un líder sindical que fue brutalmente asesinado por los pájaros conservadores.

En la inocencia de su infancia, el pequeño Lara no pudo imaginar que muchos años después, aquel líder de las autodefensas campesinas mutaría con los cambios del país y de la guerra y se convertiría en el comandante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC. Feroz y vengativa organización rural, adoptada por la izquierda y con la cual él, como ministro de Justicia de un Gobierno conservador, por esos disparates de la historia, tendría que sentarse a buscar la paz de Colombia, mientras se enfrentaba solitario a los narcotraficantes

que ya habían comenzado a delinear su brazo armado: los paramilitares.

Lara Bonilla asistía por entonces al colegio La Presentación, en Neiva, donde se comenzó a destacar tanto por su hiperactividad, como por su buen humor que lo acompañaría el resto de la vida. Por esos días, el país no acababa de asombrarse con un hecho cuando acaecía otro. En medio de la guerra entre los dos partidos tradicionales, asumió el poder el Comandante de las Fuerzas Armadas, el General Gustavo Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953. Golpe de facto al que llamarían “de opinión”, ya que en él estuvieron de acuerdo, o mejor dicho, se confabularon las elites de ambos partidos.

Rojas Pinilla fue un presidente paradójico. Por un lado, fue el impulsor de un gran proceso de modernización del país en el que se construyeron grandes vías de comunicación, terminó hidroeléctricas, edificó 19 aeropuertos, entre ellos El Dorado de Bogotá, finalizó el Ferrocarril del Atlántico, concedió el voto femenino, creó el SENA, abrió bancos públicos y trajo la televisión a Colombia. Pero por otro lado, se le recordará como un dictador que reprimió y persiguió a la oposición y al movimiento social, como un gobierno en el se llevaron a cabo imperdonables masacres por la fuerza pública, y como un régimen intolerante que llegó a clausurar los diarios El Tiempo y El Espectador.

En este escenario, y cuando el General se perfilaba como un líder carismático dentro de los sectores populares y como un tirano en la clase media y alta de la sociedad colombiana, no pasaría mucho



tiempo para que las mismas élites partidistas que lo habían llevado al poder le dieran la espalda. El 24 de julio de 1956, en la pequeña ciudad de Benidorm, España, Alberto Lleras y Laureano Gómez pactarían el derrocamiento del General y el establecimiento de un régimen bipartidista que vería el camino despejado cuando, el 10 de mayo de 1957, caía el gobierno de Rojas Pinilla, éste huía hacia el exilio y Colombia entraba a la vergonzosa época precursora de la corrupción clientelista, del fin de las ideologías partidarias y detonante de la violencia moderna, que se denominó el Frente Nacional.

### **Una juventud en medio de la revolución mundial y la represión nacional**

Ya en el colegio Bolívar de Neiva, Rodrigo Lara, convertido en todo un bachiller, abría los ojos en un mundo contradictorio que se debatía entre las revoluciones nacionalistas y de izquierda, latinoamericanas y mundiales, la guerra fría internacional y la represión propia que generó el Frente Nacional en Colombia. Represión y corrupción que desde su primera juventud Lara rechazó y repudió, actitud que fue definitiva en su posterior militancia política, tanto desde el Movimiento Revolucionario Liberal, como en las organizaciones que él mismo ayudaría a construir: Dignidad Liberal y el Nuevo Liberalismo. Disidencias políticas destinadas a desmontar todas las funestas consecuencias del pacto bipartidista y en especial empeñadas en devolverle la dignidad, la ideología

y el compromiso social al partido Liberal, características que el frente-nacionalismo le había arrebatado.

Entrados los años sesenta, Lara Bonilla ya era un destacado líder juvenil en todo el Huila, departamento que se encontraba plagado de guerrillas y aun de bandas conservadoras. Muy rápidamente Lara consiguió perfilarse como un futuro dirigente nacional de la mano del MRL en su región, mientras incitaba manifestaciones y avivaba las nacientes huelgas que crecieron paulatinamente se fue agravando la situación económica nacional. Por aquel entonces, ya era famoso el programa radial “Impacto” informativo afecto al MRL y desde el cual se lanzaban sendas denuncias y se propiciaba un ambiente de rebeldía. Luego, también tuvo un fuerte activismo como estudiante de derecho en la Universidad Externado de Colombia, pero siempre mantuvo contacto con los acontecimientos políticos de su departamento y su ciudad, a la cual regresaría para ser alcalde, a los 22 años, en 1968.

El pacto de paz que supuso el Frente Nacional sellaría las rivalidades entre las élites partidarias, más no en sus bases campesinas, que siguieron siendo relegadas y violentamente perseguidas, al igual que el movimiento sindical, social, universitario y las minorías políticas. Políticamente, en 1958 Alfonso López Michelsen reacciona y estructura el Movimiento Revolucionario Liberal, MRL, como una disidencia de un partido entregado al frente-nacionalismo. El MRL se rebela contra el acto legislativo del pacto bipartidista y postula a López a la presidencia en 1962,



donde es derrotado por el conservador Guillermo León Valencia, quien a órdenes del Frente Nacional fue apoyado por los dos partidos tradicionales. Pero además, por la prohibición constitucional de participar en las elecciones por fuera de los partidos frente-nacionalistas, sus votos fueron anulados por la Corte Electoral<sup>6</sup>.

A principios de los sesenta, el padre Camilo Torres comienza su trabajo político-social y en 1965 organiza el Frente Unido Popular, el cual dejaría para integrarse a la lucha armada donde moriría temprana y absurdamente. Por otro lado, el General Rojas Pinilla generaría otro foco de oposición al pacto bipartidista, La Alianza Nacional Popular, Anapo, que después de la disolución del MRL, se convertiría en la principal oposición al Frente Nacional; tanto, que en 1970, el General Rojas Pinilla disputó las elecciones presidenciales con quien sería el último presidente del Frente, Misael Pastrana Borrero. Elecciones que estuvieron duramente señaladas de fraude y de las cuales emergió un sector radical de la Anapo que conformó el movimiento alzado en armas, 19 de abril (día en que se llevaron a cabo las elecciones). Durante la presidencia del liberal Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) nace el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario, MOIR, otra oposición política y social al Frente Nacional, organizada por estudiantes universitarios y obreros afectos a la izquierda.

También en los sesenta, la ilegalización y hostigamiento de todo movimiento social o político, por fuera del bipartidismo, acabó de propiciar el tránsito de las

autodefensas liberales a guerrillas revolucionarias con la aparición de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, en 1964. Por el mismo tiempo surgiría el Ejército de Liberación Nacional, ELN, inspirado especialmente por la revolución cubana de 1959 y donde un sector de la iglesia (inspirado en La Teología de la Liberación), cuyo mayor exponente fue el padre Camilo Torres, ayudaría a conformar y fortalecer; proyecto revolucionario donde además confluyeron estudiantes universitarios, miembros del partido comunista impulsados a la clandestinidad y líderes sindicales de corte nacionalista. En diciembre de 1967 nacería el Ejército Popular de Liberación, EPL, inicialmente de corte Maoísta y posteriormente integrado a la línea marxista-leninista. Y en 1974, fruto del fraude electoral de 1970 contra el General Rojas Pinilla, nace el M-19, guerrilla conformada principalmente por jóvenes del ala socialista de la Anapo e hijos de militares, movimiento urbano de gran aceptación popular, y famoso por sus espectaculares operativos.

6 Acto legislativo N°1 de 1959. Artículo 1. En los tres períodos constitucionales comprendidos entre el 7 de agosto de 1962 y 1974, el cargo de Presidente de la República será desempeñado alternativamente por ciudadanos que pertenezcan a los dos partidos tradicionales, el conservador y el liberal; de tal manera que el presidente que se elija para uno cualquiera de dichos períodos, pertenezca al partido distinto de su inmediato antecesor. Por consiguiente, para iniciar la alternación a que se refiere este artículo, el cargo de Presidente de la República en el período constitucional comprendido entre el 7 de agosto de 1962 y 7 de agosto de 1966, será desempeñado por un ciudadano que pertenezca al partido conservador.





Cuando López Michelsen abandona el MRL y regresa al partido Liberal, llevando al límite la frustración que se había originado desde que, en el gobierno frente-nacionalista de Guillermo Valencia, López aceptara participar con un ministerio (Juan José Turbay) y un cargo diplomático (Felipe Salazar Santos) a nombre del MRL. El acabose del Movimiento Revolucionario causó que gran cantidad de jóvenes, entre ellos muchos contemporáneos de Lara Bonilla, ingresaran, bajo el auge de la revolución mundial y la decepción nacional, a las guerrillas de las FARC, el ELN y el EPL. Lara, desde entonces, entendería el fenómeno guerrillero más allá de la miope concepción del bandolerismo y atribuiría su existencia, sin justificar la violencia, al cierre de espacios políticos y a la asfixia democrática que generó el Frente Nacional y su herencia; y a la renuncia, por las élites de su partido, a un proyecto político interesado por el bienestar social de la inmensa mayoría de colombianos, que sin oportunidades se habían hundido históricamente en la miseria.

Para 1974, López Michelsen, ya como candidato triunfante del partido Liberal,

se proclamaba como el primer presidente post frente-nacionalista, aunque terminara manteniendo la estructura básica de gobierno bipartidista heredada del Frente Nacional, que tanto criticó y combatió desde el MRL. Además, produjo en su gobierno una preocupante concentración del poder económico, benefició a los conglomerados financieros, permitió la especulación en la finca raíz y su elasticidad moral llegó al punto de crear la “ventanilla siniestra” en el Banco de la República, por donde entraron, confundidos con los dineros de la bonanza cafetera, todos los millones de dólares de los carteles de la marihuana, entre ellos los del cartel de los “Dávila”, familiares políticos del presidente López y del hombre más rico de Colombia, Julio Mario Santodomingo.

Rodrigo Lara Bonilla se sintió defraudado, y pensó que “Satanás”, como solía llamar con cálido humor a Alfonso López Michelsen, había dejado de ser un simple apodo para convertirse en una pesadilla real, la pesadilla de un partido al que se lo llevaba el diablo. Y a pesar de que como alcalde de Neiva y a su corta edad ya tenía todo un futuro político dentro del partido oficialista, comenzó a pensar la forma de forjar otro camino, así fuera en solitario. Un camino para recuperar los principios e ideales en los que había crecido y por los que se sentía un liberal. La confusión pobló su mente, y no era para menos, su partido y los líderes en que tanto había cifrado sus esperanzas y puesto sus energías para la contienda política, no estaban a la altura de lo que exigía el país. Además, se sumaba a la agonía del MRL la



---

**P**ero, a pesar del dolor y la decepción con la vida y con el país, el camino de la lucha armada no entraba en su imaginario de demócrata civilista, convencido como era, que ninguna causa vale la vida de un hombre.

---

de su padre, don Jorge Lara Trujillo, quien moriría en 1972. En medio de la desesperanza absoluta fue contactado, a través de personas muy cercanas a sus afectos, por los líderes del ELN y luego por los del M-19, que veían en él a un importante líder y personaje clave para el futuro político de sus organizaciones. Pero, a pesar del dolor y la decepción con la vida y con el país, el camino de la lucha armada no entraba en su imaginario de demócrata civilista, convencido como era, que ninguna causa vale la vida de un hombre.

Posteriormente, Lara Bonilla viajaría a Europa a especializarse en la Universidad de París, en Ciencias Políticas y Derecho Constitucional. Estaría que coincidió con una época en que Francia tenía todavía expuesta toda la agitación revolucionaria del mayo del 68 y, aún en sus paredes, Lara pudo leer los graffiti que tanto le hicieron reír como acentuar sus convicciones. En un muro de su prestigiosa universidad se encontraría con el famoso: "Défense d'interdire" (Prohibido prohibir). Cerca a su residencia encontró el audaz "Soyons réalistes, demandons l'impossible" (Seamos realistas pidamos lo imposible). Y, en un viejo barrio del centro de la Ciudad

Luz, con una mezcla de nostalgia y alegría, encontró aquel graffiti que lo llevó a visualizar a su país y a entender que, a su regreso, las cosas para él no volverían a ser fáciles: "Pas de replâtreage, la structure est pourrie" (No le pongas parches, la estructura está podrida).

En este ambiente de cambio y revolución que le brindó Europa, su partido se le acabó de volver incómodo. Sentía vergüenza de ver como las diferencias entre un godoy un liberal se hacían cada día más cortas, y como la corrupción y las conveniencias políticas habían logrado dejar atrás las ideologías e incluso las rencillas políticas creadas durante todo el bélico siglo XIX. Después de meses de divagar, volvió a Colombia con la mente más clara, sabía que ya no era tiempo para más dudas y en un acto de arrojo y dispuesto a todo, se lanzó a darle vida a "Dignidad Liberal" en el Huila; y luego, a ingresar al Nuevo Liberalismo, donde con Luis Carlos Galán pactaron reescribir la historia del partido y del país. Pacto que sabían los iba a enfrentar a sus viejos amigos y antiguos ídolos políticos. Compromiso que asumieron conscientes de que terminarían entregándole sus propias vidas si era necesario, como efectivamente ocurriría años después.

## **Los inicios del narco-paramilitarismo**

En el ámbito internacional la guerra fría se agudizaba. Los Estados Unidos, que se habían involucrado fuertemente desde los sesenta en la guerra de Vietnam, para apoyar al gobierno de Vietnam del sur de



---

“Défense d’interdire”  
(Prohibido prohibir).

---



---

“Soyons réalistes, demandons l’impossible”  
(Seamos realistas pidamos lo imposible).

---



---

“Pas de replâtrage, la structure est pourrie”  
(No le pongas parches, la estructura está podrida).

---

la arremetida de las guerrillas comunistas del Vietcong y de Vietnam del norte (respaldados por la URSS y China), regresaban en los setenta con una humillante y dolorosa derrota. A pesar de sus centenas de miles de soldados, de sus nefastos bombardeos y de la utilización de criminales armas químicas y biológicas, las guerrillas comunistas los habían doblegado. Además, pese a su ilegalidad, gran parte de los combatientes norteamericanos usaban drogas como la marihuana y la cocaína, con el fin de falsear las inclemencias y el terror de la guerra. Luego de su vergonzosa retirada de Vietnam, muchos veteranos se convirtieron en un problema para el gobierno norteamericano dada su acentuada drogadicción, en una época donde, por la vía del hipismo, el consumo de estupefacientes se había disparado en los Estados Unidos.

En Latinoamérica, la guerra fría se intensificó gracias a la paranoia estadounidense causada por la Revolución Cubana y al miedo de un brote continental de guerrillas comunistas. Ante esto, los Estados Unidos impusieron la doctrina de la Seguridad Nacional y apoyaron a sanguinarias dictaduras militares, ayudaron a derrocar gobiernos democráticos y comenzaron a

intervenir e influir en los conflictos armados internos, especialmente en países como Colombia, que había incubado guerrillas pro cubanas, soviéticas y chinas. Con la intervención militar norteamericana y su plan de cooperación para el desarrollo, se configurarían dos fenómenos que luego acentuarían descomunadamente el devenir de la violencia en el país: los carteles del narcotráfico y el paramilitarismo.

En lo militar, la estrategia –en medio del fracaso de Vietnam– estaba estructurada sobre el involucramiento de la población civil en el conflicto. Las bases del paramilitarismo llegarían con los manuales de guerra norteamericanos<sup>7</sup> y la implantación de grupos armados paraestatales amparados bajo decretos que estimulaban las autodefensas armadas en

---

<sup>7</sup> Desde el año de 1962, en informes como el de la Escuela de Guerra de Fort Bragg (Carolina del Norte), dirigida por el General Yarborough, se anunciaba: “Desarrollar una estructura cívico militar que se use si el sistema de seguridad interna de Colombia se deteriora más” (...) “se usará para presionar los cambios que sabemos, que se van a necesitar para poner en marcha funciones de contra-agentes, contra-propaganda, y en la medida que sea necesario, para impulsar sabotajes y-o actividades terroristas paramilitares contra los conocidos partidarios del comunismo” (Javier Giraldo, 2003).



las zonas rurales<sup>8</sup> y el despliegue de la guerra sucia en las ciudades con comandos terroristas urbanos que operaban en la clandestinidad. Por otro lado, la cooperación para el desarrollo trajo consigo a muchos veteranos de Vietnam, entre ellos algunos pilotos, que generosamente promovieron la siembra de la marihuana entre los campesinos e iniciaron con sus avionetas el negocio del narcotráfico, involucrando a sus nuevos socios colombianos en organizaciones de tráfico de marihuana y posteriormente de cocaína.

Desde 1974, Benjamín Herrera Zuleta, que sería llamado “El Papa Negro de la Cocaína” ya había incursionado en el negocio, sus herederos serían la banda de los hermanos Rodríguez Orejuela y José Santacruz Londoño, hasta entonces dedicados al secuestro. En noviembre de 1975, Gilberto Rodríguez fue capturado con 180 kilos de pasta de coca en el Perú. A principios de los setenta, Carlos Lehder ya transportaba marihuana hacia los Estados Unidos por lo cual estuvo preso; luego, a mediados de la misma década, y en sociedad con el norteamericano George Jung se dedicaron al tráfico de cocaína. Pablo Escobar, al igual que Lehder, también estuvo detenido en Medellín, cuando en 1976 fue procesado por el tráfico de 19 kilos de cocaína. Por aquel tiempo Pablo Escobar, Lehder, Jung y los Ochoa se conocerían, se harían socios y conformarían la base del futuro cartel de Medellín. Casualmente, por aquella época, otro personaje que se convertiría en enemigo acérrimo de Lara y de Galán, también estaría unos días en el penal por falsificación de

documentos públicos y peculado, se trataba del parlamentario, Alberto Santofimio Botero.

Durante estos años, aparecería un héroe anónimo, un incorruptible miembro de la policía que marco un hito en la lucha contra las mafias del narcotráfico, el joven oficial Jaime Ramírez Gómez. En 1975, este oficial puso al descubierto una poderosa organización de traficantes de cocaína en Bogotá y dio captura a Iván Darío Carvalho; además, completaría sus indagaciones con el allanamiento de una finca de la “Reina de la Coca”, Verónica Rivera de Vargas, a quien le encontró un moderno laboratorio para el refinamiento del alcaloide. Unos años después, y ya como Coronel de la Policía, este oficial se convertiría en la mano derecha de Lara Bonilla, cuando desde el Ministerio de justicia y la Unidad Antinarcóticos, darían los golpes más contundentes propinados a mafia alguna en el mundo.

Al tiempo, Los Estados Unidos declaraban la guerra a las drogas y, en un periodo de tan sólo cinco años, el presupuesto para la lucha antinarcóticos pasó de 43 a 321 millones de dólares, iniciando una nueva forma de intervención y control imperialista que, con el tiempo, sobreviviría a la desaparición de la guerra fría.

A finales de los setenta, ya el batallón de inteligencia y contra inteligencia de la

8 La ley 48 de 1968, convertiría en legislación permanente un decreto que permitía al ejército organizar y proveer armas a grupos de civiles llamados autodefensas, que podrán luchar contra delincuentes organizados y contra otros grupos armados que operan en regiones campesinas.



XX Brigada del ejército, era acusado de patrocinar el grupo paramilitar “La Triple A (Alianza Anticomunista Americana). Organización terrorista, que colocó bombas en medios de comunicación, efectuó secuestros y desapariciones, amenazas a abogados, magistrados y jueces, e infringió inhumanas torturas sobre todo sospechoso de pertenecer a la subversión.

Había empezado una nueva etapa de violencia degradada para Colombia, se estrenaba el estatuto de seguridad de Turbay, que acabó de prostituir el accionar de las fuerzas armadas que regresaban a las deshonrosas épocas de la masacre de las bananeras. Paralelamente, comenzaba también la degeneración política y social que trajeron los carteles de la droga, que encontraron un país conducido por dirigentes sin principios éticos y pertenecientes a partidos sin ideologías, que deambulaban alrededor de componendas clientelistas.

Un país que sumido en la pobreza, hacinaba en los suburbios a miles de jóvenes sin esperanza ni futuro, un país con una gran crisis económica, pero con una enorme tragedia humana, que el gobierno pretendía enfrentar con el desmonte de las pocas garantías sociales, iniciando los ajustes estructurales del neoliberalismo, impuestos por el Fondo Monetario Internacional y desarrollados con fuerza a partir de la llegada al poder en Estados Unidos del neoconservador Ronald Reagan, en 1981.

Paramilitarismo, narcotráfico, miseria y corrupción política y empresarial conformarían una bomba de tiempo que esta-

llaría sin misericordia durante los ochenta, un big bang destructivo que sigue arrasando, aun hoy, al pueblo colombiano. Y en medio de este dantesco panorama, solo unas incorruptibles voces se levantaron contra la ignominia de lo que estaba sucediendo y denunciaron el oprobio de lo que estaba por acontecer, eran los reclamos de los jóvenes senadores, Luis Carlos Galán Sarmiento y Rodrigo Lara Bonilla, que hacían estremecer al gobierno cada vez que desde la tribuna parlamentaria hacían uso de la palabra.

## El turbayismo y la narco-parapolítica

A principios de 1978, y como candidato al Senado de la República, Rodrigo Lara creía que ya lo había visto todo en materia de decepciones políticas y que el partido liberal ya no podía caer más bajo, después de la vergüenza frente-nacionalista. Pero qué equivocado estaba, aun faltaba lo peor, la presidencia de Julio Cesar Turbay Ayala.

Por aquella época, Diego Ascencio, embajador de Estado Unidos en Colombia, declaró públicamente: “los narcotraficantes (colombianos) son tan fuertes, en términos de poder financiero, que podrían tener su propio partido y pueden ya haber comprado y pagado diez miembros del cuerpo legislativo”<sup>9</sup>. Posteriormente, en 1980, el Washington Post ampliaría la

9 Fabio Castillo. Los Jinetes de la Cocaína, 1987. ([www.derechos.org](http://www.derechos.org)).





denuncia afirmando que posiblemente el 10% del Congreso colombiano habría sido elegido con dineros del narcotráfico.

Los indicios de esta nueva degradación política también apuntaban al ejecutivo. Un informe del asesor presidencial de Jimmy Carter, Peter Bourne, acusaba al presidente Turbay, a familiares y a personas cercanas a él de tener vínculos estrechos con el narcotráfico. El informe, llamado “El memorando Bourne”, fue revelado por el programa 60 minutos, de la cadena CBS, y desató un escándalo de enormes proporciones. El resultado: Turbay, en medio de una crisis de ilegitimidad, arremetió contra los cultivos de marihuana, criminalizó y reprimió violentamente al campesinado, inició las fumigaciones con glifosato y experimentó el uso del paraquat, firmó el tratado de extradición y convenios de cooperación militar con Estados Unidos e intensificó la guerra a la subversión bajo su nefasto Estatuto de Seguridad, con el cual comenzó una etapa de degradación del Estado colombiano, y especialmente de sus fuerzas armadas, por medio de ejecuciones extrajudiciales, torturas, detenciones masivas y arbitrarias, configuración del paramilitarismo, negación de libertades civiles y políticas, violación sistemática y progresiva de los derechos

humanos, y persecución a la oposición y a los intelectuales que, como Gabriel García Márquez, tuvieron que asilarse en el exterior para salvar sus vidas.

Siendo ya Senador, Rodrigo Lara condenaría por este hecho al gobierno de Turbay. Recordando que, en el mismo escenario, Jorge Eliecer Gaitán, como Representante a la Cámara, había denunciado la masacre de las bananeras en 1930.

“La democracia no se defiende violando los derechos humanos<sup>10</sup>” gritó Lara indignado ante sus colegas, ante los ministros de Justicia y de Gobierno, y ante los medios que cubrían la noticia en el Congreso; entre ellos, el Espectador, el diario de don Guillermo Cano, quien desde ese día se convertiría en su compañero de lucha contra la corrupción de militares, políticos, empresarios y narcotraficantes. Luego continuó diciendo: “Ese argumento de la guerra sucia, señores ministros, que surgió en el cono sur para justificar oprobiosas dictaduras, es algo que no se

10 Esta cita, y las siguientes que se integran al presente texto, corresponden a fragmentos de intervenciones que desde 1979 y hasta 1984, realizó en el Congreso de la República Rodrigo Lara Bonilla. Su utilización pretende acercarnos al pensamiento de Lara Bonilla y no ha una aproximación cronológica exacta en que fueron pronunciadas.



puede argumentar en el país, donde decimos tener una democracia". "La guerra sucia que la aplique Pinochet, que la aplique el señor Videla, pero no un gobierno liberal en Colombia".

Por aquel tiempo, Turbay, enfurecido, acusaba a la Corte Suprema de Justicia de subversiva y bandolera, y a Lara lo sindicaba de ser cómplice del terrorismo, por sus denuncias contra la fuerza pública y el gobierno ante los asesinatos y agresiones contra integrantes del partido comunista, estudiantes y campesinos. Por eso, sus áulicos en el Congreso tildaron a Lara de falaz bandolero y lo retaron a presentar pruebas. Lara les contestó: "Este no es un debate contra las fuerzas armadas, es un debate en defensa de la Constitución y de las leyes, es un debate para defender los principios más claros del liberalismo, es un debate para prevenir sobre lo que puede sobrevenirle a Colombia". Luego, muy agitado, sacó de su portafolio fotografías y documentos y denunció los homicidios, masacres y demás violaciones cometidas por el ejército y los paramilitares en regiones como el Caquetá, Cauca y el Huila, donde además, acusó a la fuerza pública de asesinar a personas inocentes para luego hacerlas pasar como miembros de grupos guerrilleros. Con las pruebas en la mano y sin dejar de ver a la cara a los ministros continuo: "Joaquín Herrera, miembro del partido comunista, mutilado y asesinado por el ejército. Reinerio Gutiérrez, presidente de una Junta de Acción Comunal, asesinado por el ejército. Jorge Artunduaga, capturado y torturado en el puesto militar acusado de ser auxiliador

de la guerrilla. José Rubén Ortiz, de 16 años, torturado y asesinado en el batallón Juanambú. Gilberto Duque, de 70 años, capturado, golpeado y degollado por el ejército, y luego presentado como un subversivo muerto en combate. Ramón Cardona, el ejército lo golpeó brutalmente y luego le sacó los intestinos. Héctor Arboleda, un niño de 11 años que fue amarrado a un árbol, torturado y asesinado por el ejército, su hermano mayor se encuentra desaparecido." Así continuó durante horas exponiendo terribles masacres y miserables asesinatos, ante un escenario autista de la terrible realidad nacional.

Por último, Lara dirigió su mirada hacia los senadores liberales oficialistas y les dijo: "Si hay quienes creen que no es liberal la postura de quienes reclamamos el respeto por los derechos humanos, es porque mi partido desafortunadamente está viviendo un difícil momento de caos ideológico, de flaquezas morales que le han hecho perder el rumbo histórico".

Para Lara, ya era más que evidente que en el gobierno de Turbay, además de promoverse el paramilitarismo, se estaba favoreciendo a los emergentes capos y carteles de la cocaína. Ya él, desde el control político, y Guillermo Cano, como periodista, tenían en la mira a los dueños de inmensas y sospechosas fortunas, que emergían en sociedad como ilustres empresarios, generadores de empleo y bienestar social: Pablo Escobar, Carlos Lehder, los Ochoa, los Rodríguez Orejuela, entre otros. Desde entonces, el viejo Cano encargó a su agudo periodista, Fabio Castillo, para que se encargara de



---

“La democracia no se defiende de violando los derechos humanos”

---

investigar cuanto pudiera de la vida de estos nuevos ricos, y en especial al dueño de la Hacienda Nápoles, el que la prensa llamaba el Robín Hood colombiano.

Horrorizados, fueron descubriendo que la clase política colombiana andaba de la mano en cocteles y reuniones, con su ordinario pero rico amante, el cual lo que le faltaba de honestidad y escrúpulos le sobraba en narco-dólares. Los narcotraficantes ya no sólo querían invertir su dinero financiando campañas; ahora, querían ser los protagonistas de la política, siendo elegidos como los nuevos padres de la patria. Para esto, comenzaron la infiltración directa del Estado colombiano por medio de dos estrategias: su acceso a representación política en el Congreso de la República, para garantizar una legislación favorable a sus intereses, y la captación de instituciones públicas claves para impulsar su negocio, por medio de un tenebroso clientelismo, al que tenían acceso gracias a sus financiamientos electorales y a sus representantes en el Parlamento.

La política se fue convirtiendo en el negocio perfecto. Lavaban el dinero sucio patrocinando campañas electorales, y luego recibían el doble o triple de lo invertido en contratos estatales, que no tenían problema de ingresar al sistema financiero. Además, bancos y empresas se pusieron a sus pies con tal de poder recibir

parte de las ganancias, que bien sabían, tenían un origen oscuro y peligroso. El fútbol, la televisión, las modelos, las obras de caridad, en fin, en todo querían meter sus sucias uñas con tal de tener al país aletargado con los lujos que da el dinero fácil. Lara Bonilla por eso advertía: “Mientras no se controle el lavado de activos, la lucha contra el narcotráfico no va a ir a parar a ningún lado” a la vez que, con papeles en mano, arremetía con sus denuncias que implicaban a partidos políticos, a grupos financieros, y a los clubes deportivos como el América, el Millonarios, el Santa Fe, el Nacional, entre otros.

Para esta época, los mafiosos ya habían comprado a buena parte de los miembros de la justicia, y a los pocos jueces que se atrevían a investigarlos, los habían comenzado a asesinar; habían infiltrado al ejército, a los organismos de seguridad y a la policía; y por esta vía, empezaron a controlar a los grupos paramilitares por medio de la financiación y posterior organización de unas poderosas estructuras que trabajaban como el ala armada de su proyecto político.

Fue así como, en 1981, y en una guerra a muerte declarada al M-19 por el secuestro de Nieves Ochoa, dieron a conocer a la opinión pública el MAS (Muerte a Secuestradores). Organización paramilitar, financiada por los grandes capos del narcotráfico, y que, en poco tiempo, reclutó muchísimos admiradores y nuevos financiadores entre ricos hacendados, empresarios y transnacionales. El MAS, al unísono con el gobierno, vendía su proyecto de terror y muerte con la excusa de



la política de seguridad: “Colombia necesita seguridad para atraer nuevamente la inversión privada y devolverle la confianza al país” dijeron entre aplausos llegados de diversas partes de Colombia, mientras su ejército de mercenarios crecía vertiginosamente y realizaba peligrosas alianzas con otros grupos de sicarios, para cometer masacres, usurpar tierras y asesinar a todo aquel que oliera a izquierda y comunismo.

En 1980, los 6 hermanos Castaño y tres primos organizaron una banda paramilitar para vengar la muerte de su padre, en manos de las Farc. Meses después, y bajo el amparo que les daba la legislación vigente, se volvieron informantes del ejército en el Batallón Bomboná, de Puerto Berrío, desde donde preparaban operativos conjuntos.

En 1982, Carlos Castaño tenía 16 años, edad en la que cometió su primer homicidio de los miles que seguirían en su sangrienta historia. Por el mismo año, se conformaría la Asociación Campesina de Ganaderos y Agricultores del Magdalena Medio, ACDEGAM, quienes promoverían el desarrollo de más grupos de autodefensas amparados en la ley. Rápidamente, estos ejércitos privados crecieron como la espuma y no tardarían en aparecer los narcos. En 1984 comenzaron los acercamientos de los Castaño con Pablo Escobar, pero sería Gonzalo Rodríguez Gacha, alias el Mexicano, quien captara el aparato militar creado en el Magdalena Medio y lograra colocarlo a su servicio para, en conjunto con el Ejército y miembros de organismos de seguridad

del Estado, iniciar su cruzada anticomunista perpetuando la masacre de miles de integrantes de la Unión Patriótica.

Por entonces, el Mexicano, en convenio con altos mandos del Ejército, organizó un curso con el asesino profesional israelí, Yair Klein, quien iniciaba sus clases con su frase: “No temas que te llamen mercenario, si eres mercenario de un Estado”. Sin embargo, tras narcos y paramilitares siempre estuvieron poderosos políticos e influyentes empresarios colombianos como “El Grupo de los Seis”, que Carlos Castaño describía, en el libro “Mi Confesión”, como “los que ordenaron grandes magnicidios y masacres en Colombia y pertenecían a la más alta sociedad colombiana, la crema y nata”. Por esto, su hermano Fidel le dijo en alguna ocasión: “Yo no quiero ser más un idiota útil del sistema, de la clase política y económica corrupta del país”<sup>11</sup>.

De otro lado, los narcos se aprovecharon de la miseria y el abandono estatal histórico, acentuado con el naciente neoliberalismo, para crear una base social afectada a sus propósitos tanto políticos como criminales. Por una parte, pretendieron reemplazar al Estado que abandonaba sus funciones sociales y montaron comedores comunitarios, construyeron polideportivos, edificaron viviendas con programas como “Medellín sin tugurios” -donde la meta de Pablo Escobar era financiar diez

---

11 Mauricio Aranguren Molina. *Mi Confesión*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 2001, pág. 160.



mil casas para los sectores más pobres de la ciudad-, entregaban mercados y se hicieron famosas las apariciones de Carlos Lehder repartiendo millones de pesos en los barrios pobres de diversas partes del país.

Paralelamente, su brazo armado empezaba a prestar servicios de seguridad en las zonas rurales y barrios periféricos, imponía las leyes, construía carreteras y comenzaba a desarrollar una contra-reforma agraria por medio del desplazamiento forzado que causó su máquina de terror y muerte entre los campesinos, y la consecuente concentración de tierras y de riquezas entre los narcos, los hacendados y los empresarios que los financiaban.

Fue por entonces cuando un joven primo de Escobar, José Obdulio Gaviria<sup>12</sup>, inquieto por la política, acompañaba a Pablo a sus diversas obras sociales. Y visionario y agudo consejero como era, y es en la actualidad, le sugirió al capo: “Ve, Pablo, vos por qué no te metés en la política, si te quiere tanto la gente”<sup>13</sup>. Pablo se sintió feliz con las adulaciones de su ambicioso y acomodado primo, y ese día comenzó a planificarlo todo. Se proyectó en el Congreso y hasta en la Presidencia de la República; y mientras esbozaba su gorrina sonrisa, imaginaba un gran salón donde su foto luciría para la posteridad al lado de la de Bolívar.

La miseria también fue aprovechada por la mafia para alimentar sus bandas irregulares urbanas. De esta forma, aquellos niños y jóvenes ignorados y ajenos a cualquier política pública, serían su carne de cañón para la guerra sucia que habían

declarado clandestinamente desde entonces. La educación que no les brindó el Estado se la darían los narcos, y para esto, trajeron al maestro israelí, Isaac Guttman Esternberggef, quien a falta de pupitres, tizas y tablero, les traía algo más emocionante: motocicletas y ametralladoras.

Nacía la terrible escuela de sicarios de la motocicleta, donde este judío entrenó a niños pobres de Medellín, por más de siete años, en el arte de asesinar al prójimo, con el conocimiento y absoluta complicidad de las autoridades. El examen final, consistía en un trabajo de campo donde el alumno debería asesinar a un blanco al azar; la muerte segura y la rápida huida garantizaban su entrada al mundo del sicariato. Niños graduados de esta escuela serían los autores materiales de los asesinatos de candidatos presidenciales, periodistas, jueces, policías e inclusive, del mismo Isaac Guttman, quien se volvió un

12 En diciembre de 2007 el diario El Espectador publicó un artículo denominado: “Lazos familiares” donde denunció la relación entre Carlos Alberto Gaviria Vélez, hermano del asesor presidencial José Obdulio Gaviria, y el pago del sicario que asesinó a don Guillermo Cano. Esta publicación motivó la renuncia del entonces embajador en Reino Unido, Carlos Medellín, casado con una hija del asesinado periodista. Por la misma época, el diario estadounidense, El Nuevo Herald, publicó un reportaje donde relacionan al presidente Uribe con la muerte de Rodrigo Lara Bonilla, hecho que motivó la renuncia del hijo de Lara, Rodrigo Lara Restrepo, por entonces zar anticorrupción. Además, se sabe que otros dos hermanos de José Obdulio, Luis Mario y Jorge, fueron procesados por narcotráfico en los Estados Unidos y ahora trabajan en el gobierno.

13 Roberto Escobar Gaviria. Mi Hermano Pablo. Bogotá: Quintero Editores, 2000, pág. 155.



testigo incómodo para políticos, empresarios y miembros de la fuerza pública que habían solicitado sus servicios.

Lara Bonilla había advertido en múltiples ocasiones, sobre lo peligrosa que se torna una sociedad donde no hay igualdad de oportunidades para la gran mayoría de los ciudadanos, y más una sociedad con débiles instituciones y asediada por las mafias del narcotráfico. Por eso, su férrea oposición a la imposición del neoliberalismo en Colombia, desde que a finales de los setenta se empezó a hablar del tema ante la crisis económica. En todos los escenarios repetía hasta el cansancio: “no se acabará la delincuencia mientras subsistan las oprobiosas condiciones sociales y económicas en que se encuentran millones de compatriotas (...) niños que desde el propio vientre de madres desnutridas, antes de nacer ya están condenados a la miseria”.

## **Un ministro de justicia peligroso**

Corría el año de 1982 y el conservador Belisario Betancur era elegido como presidente de los colombianos, después de derrotar al ex presidente Alfonso López Michelsen, candidato del partido liberal, ahora turbayista. En esta misma contienda electoral, Luis Carlos Galán se presentaría como candidato presidencial del Nuevo Liberalismo y dividiría el voto liberal; hecho que, sumado al desprestigio de la administración de Turbay, allanaría el camino para la llegada del progresista gobierno de Betancur.

Rodrigo Lara, que se había consagrado como congresista estrella en la pasada legislatura, ese mismo año sería reelegido, por la lista que encabezaría a nombre del Nuevo Liberalismo. Y de inmediato comenzó la tarea de conjurar con la acción política los oscuros hechos acontecidos durante el desastroso cuatrienio de Turbay.

Pronto empezó a promover una amnistía para que las guerrillas dejaran el camino de las armas, por el de la política. Guerrillas, a quienes mandaba el mensaje: “su lucha es un gasto inútil de vidas, sangre que Colombia debe procurar evitar (...) Si quieren derrotar a los partidos tradicionales, ahí están las reglas de la democracia”.

También empezó a coincidir con el Presidente Betancur en la necesidad de un proceso de paz profundo y que atacara las causas estructurales del conflicto. Habló en sus debates de reestructurar la justicia, ahogada en una rampante impunidad y de realizar un gran programa de Estado para revertir las paupérrimas condiciones de vida en que el sistema político y económico había sumido a la población colombiana. También fue quien planteó que sin salir de la asfixia política que heredamos del Frente Nacional, no habría posibilidad de un proceso serio de negociación con las guerrillas y por esto, había que abrirles espacios electorales. “Yo no le tengo miedo a que la democracia colombiana se abra, a que nos enseñemos a que existan fuerzas distintas a los partidos tradicionales en el juego político. Tengámosle temor si, a la subversión”.





Por otro lado, continuó sus corajudos debates contra los que ya lo consideraban un enemigo a muerte: funcionarios públicos corruptos, miembros corrompidos del ejército, criminales agentes de organismos de seguridad del Estado, brutales narcotraficantes, empresarios deshonestos y asesinos jefes paramilitares. Debates que asumió con la conciencia de que, esta vez, el crimen que tanto criticaba se había instalado en el Congreso, y en estos años había ganado poder económico, político y militar. Junto a Luis Carlos Galán denunciaron al finalizado gobierno de Turbay de haber promovido la legalización de los dineros de las mafias, con medidas como su amnistía tributaria; además, también señalaron al turbayismo de haber permitido la entrada de dineros y personajes del narcotráfico en sus pasadas campañas políticas.

En este escenario se produce el escándalo del Hotel Intercontinental, donde se recrimina al ex presidente López, como candidato presidencial, y a su jefe de campaña, Ernesto Samper, de haber recibido de los Ochoa, de Escobar, de Ledher y de Rodríguez Gacha, la suma de 25 millones de pesos. Escándalo del cual, un tribunal de ética del partido Liberal los eximiría; porque, a pesar de que el dinero entró a las arcas del partido, esto sucedió a espaldas de los acusados.

Pero lo que más indignó a Lara como Senador y a Galán como jefe del Nuevo Liberalismo, fue que en las mismas elecciones la lista en que figuraba Pablo Escobar ganó un cupo por Antioquia en el Congreso de la República. Lista avalada por el sector del partido Liberal de Santofimio, con turbayistas entre los que figuraban Jairo Ortega, Ernesto Lucena y William Vélez. Este último alababa ante los medios de comunicación a Pablo Escobar, tildándolo de “noble y brillante figura del Partido Liberal”<sup>14</sup>.

El capo llega al Congreso supliendo al titular de la lista, Jairo Ortega, e inmediatamente se hace beneficiario de la inmunidad parlamentaria. Como lo explica Fabio Castillo: “es decir que no podía ser detenido sino en caso de flagrancia en la comisión de un delito, o 20 días antes y 40 después de las sesiones del congreso, que se prolongan por medio año”. Por esta vía, Escobar obtuvo una visa privilegiada que le permitía entrar a los Estados Unidos, visa solicitada directamente por la cancillería colombiana. Y por esta misma época, Carlos Ledher formó su Movimiento Latino Nacional, inspirado en ideologías fascistas y declarado antiimperialista, con

14 Revista Semana, columna de Daniel Coronel, 22 de mayo de 2005.



el que pretendió llegar a ocupar un escaño en el Senado.

El Senador Lara Bonilla no aguantó más, y citó a un debate para aclararle al país a que clase de personajes se estaba instalando en el Congreso con pactos como los hechos por Santofimio, Ortega y Lucena. Un debate sobre el origen de las fortunas de sujetos como Pablo Escobar Gaviria, que ahora fungía como honorable congresista de la República.

En medio de investigaciones para la controversial sesión parlamentaria, El Presidente de la República sorprendería a Galán y a Lara, con el ofrecimiento del Ministerio de Justicia para el Nuevo Liberalismo. Ofrecimiento que extendía condicionado a que su candidato fuera el senador que había estado promoviendo en sus intervenciones los temas neurálgicos de esa cartera: Rodrigo Lara Bonilla. El Nuevo Liberalismo, con Lara ahora a la cabeza, aceptaría el reto.

No habían pasado muchos días al frente del ministerio, cuando Lara Bonilla tuvo que asistir al Congreso para adelantar el debate de los dineros calientes, que él, como senador, había propuesto. Pero lo que no esperaba era que la mafia le tenía guardada una desagradable sorpresa. En medio de la sesión, el honorable congresista Jairo Ortega acusó al Ministro de tener relaciones con el narcotráfico y mostró, con una sonrisa tartufa, un cheque por un millón de pesos suscrito por Evaristo Porras, conocido narcotraficante, a favor de Rodrigo Lara. Y también anunció, a grito herido, tener en su poder un escandaloso vídeo del Ministro con el capo.

Lara no podía creer que a él, que había sido el único capaz de luchar contra el narcotráfico, se le montara un burdo artificio, precisamente por quienes le vendieron un pedazo de la democracia a la mafia. Y descompuesto por la ira, increpó a su infame acusador: “Explíqueme señor Ortega, cómo es que su suplente, Pablo Escobar, posee misteriosamente 11 aviones, 2 helicópteros, 3 hangares en el aeropuerto de Medellín, ha creado un grupo de miles de sicarios llamado el MAS y realiza millonarias donaciones en obras benéficas, cuando su único sustento legal para justificar su fortuna es un almacén de bicicletas”. Ortega, mirando de reojo a Escobar y a Santofimio que se hallaban juntos en aquel recinto, contrató diciendo: “No vinimos aquí a hablar del honorable empresario Escobar, miembro ilustre de nuestro grupo político; sino a que, Usted explique, señor Ministro, la procedencia de este cheque”.

Lara, confundido e indignado, sólo atinó a responder: “Ustedes no me perdonan, y ni me vayan a perdonar, las denuncias que con tanta altivez y claridad he planteado durante toda mi vida pública (...) Pero, esto si es inaudito, es inadmisibles que terminen los pájaros tirándole a las escopetas”. La estrategia de la mafia había dado sus frutos, todo el país hablaba del escándalo de un Ministro hipócrita que acusaba a diestra y siniestra mientras recibía favores del narcotráfico; y hasta Galán, su compañero y amigo, anunció públicamente una investigación rigurosa al interior del Nuevo Liberalismo sobre los hechos.





A pesar de las presiones, el presidente Betancur lo mantuvo en el cargo. Y Lara, ofendido en lo más profundo de su dignidad, se prometió a sí mismo no descansar hasta acabar con toda la maldita organización del narcotráfico.

Por su parte, don Guillermo Cano, no sólo no lo abandonó en ese momento, sino que, siguiendo una corazonada, buscó compulsivamente en los archivos de las páginas judiciales del Espectador alguna información sobre Escobar. Hasta que, unos días después, halló una reseña de 1976, donde se informaba de la captura de dos narcotraficantes en Ipiales, Nariño: Pablo Escobar Gaviria y su primo, Gustavo Gaviria. Captura realizada cuando regresaban del Ecuador, en un vehículo cuya llanta de repuesto se encontraba repleta de cocaína. La foto de Pablo Escobar, reseñado por la justicia en 1976, sería ampliada y publicada al otro día en primera página, y con una editorial en respaldo al Ministro.

Guillermo Cano, en uno de sus escritos, posteriormente advertiría al país: “El narcotráfico nos ha corrompido, el contrabando nos ha corrompido, la compra y venta de las influencias nos han corrompido, la mordida nos ha corrompido, el afán del dinero fácil nos ha corrompido, el alquiler del voto nos ha corrompido”. Y también señalaría el inicio de lo que sería la guerra del Estado colombiano contra la infiltración del hampa en las instituciones: “Estamos presenciando el crecimiento de una generación sin fronteras morales, sin valores ni principios éticos. Esto es lo que combate el Ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla”.

A partir de entonces las cosas serían a otro precio. El Capo es llamado a juicio por la muerte de los detectives del DAS que en 1976 habían efectuado su captura; sin embargo, burló la justicia invocando la inmunidad parlamentaria. El gobierno norteamericano le retiró la visa. Santofimio agachó la cabeza, dijo haber sido engañado en su buena fe y lo expulsó de su movimiento. Los hipopótamos, cocodrilos, rinocerontes y demás animales exóticos que tenía en la Hacienda Nápoles, le fueron decomisados por haber entrado de contrabando; pero pronto, los recuperaría a través de testaferros. Y, en un duro debate en el Congreso de la República, el Ministro de Justicia logró que se le levantara la inmunidad parlamentaria, cuando con toda la firmeza afirmó: “¿Por qué, siendo delito traficar con estupefacientes, los más conocidos capos del país hacen alarde de su dinero e influencias, sin que nadie los arreste?(...) Esto es inadmisibile, más cuando miles



de millones reciben los narcos mensualmente y lo usan para sobornar, asesinar y dañar a la sociedad”.

Lara se convierte en el Ministro más notable y a la vez, en la persona más amenazada del país. Y aún así, continuó dándole golpes a las mafias. Desempolvó cientos de procesos contra narcotraficantes, empresarios y políticos. Ante su arremetida, varios narcos, como Carlos Lehder, huyeron del país. Y Escobar renunció iracundo a la política y se fue a la clandestinidad a planear su sangrienta venganza.

En esos momentos, Lara, Cano y el entonces director de antinarcóticos de la policía, el Coronel Ramírez, se preguntaban cómo podía tener Escobar 11 aviones y 3 helicópteros, con sus respectivas matrículas; pistas de aviación privadas en sus haciendas, con los permisos en regla; y transportar toneladas de cocaína a los Estados Unidos, y hasta animales enormes como elefantes e hipopótamos desde el África, sin ser detectado por ningún operativo.

Y la respuesta era evidente, esto sería imposible sin el incondicional servicio de una entidad que debía ser cómplice de la mafia: la Dirección de la Aeronáutica Civil. Y efectivamente encontraron que entre 1980 y 1982 esta institución expidió cientos de licencias de vuelo, matrículas de avionetas y helicópteros y permisos para la construcción de aeropuertos privados en las fincas de los narcotraficantes. Y esto sucedió en tiempo record, es más, en este sólo período se triplicaron los permisos, matrículas y licencias concedidos en toda la historia de la entidad.

De inmediato, el Ministro revocó parte de los trámites otorgados a la mafia, con base en un informe del Coronel Ramírez, que reseñaba a 30 grandes capos del narcotráfico. Al respecto, la Revista Semana, señalaría: “La investigación del coronel Ramírez Gómez, dio base para que el ministro de Justicia Lara Bonilla, por primera vez en la historia de esa cartera, pese a que las herramientas legales estaban consagradas desde 1978, paralizara 150 avionetas y helicópteros que eran destinados al contrabando de cocaína; negara permisos para el funcionamiento a empresas aéreas que figuraban como de fumigación y señalara públicamente la presencia de dineros calientes en el fútbol, los toros y diversos grupos políticos en todo el país.<sup>15</sup>”

Lara continuó decidido a exterminar hasta el último rastro del narcotráfico en Colombia. Ya, para esa época, empezó a sospechar que la Aeronáutica más que infiltrada, parecía ser una cuota del clientelismo que Turbay había cedido a la mafia. Su antiguo director, Alvaro Uribe Vélez<sup>16</sup>

15 Revista Semana, “Quién mató al Coronel Ramírez” lunes 13 de abril de 1987.

16 En su libro *Amando a Pablo, Odiando a Escobar*, Virginia Vallejo asegura que Pablo llamaba a Uribe “ese muchacho bendito”. Vallejo afirma que el jefe del Cártel de Medellín, adoraba a Álvaro Uribe porque éste, en su etapa de director de Aeronáutica Civil (1980-1982) “concedió docenas de licencias para pistas de aterrizaje y centenares para los aviones y helicópteros sobre los que se construyó toda la infraestructura del narcotráfico”. Agrega Virginia Vallejo: “Pablo solía decir: ‘Si no fuera por este muchacho bendito tendríamos que estar nadando hasta Miami para llevar la droga a los gringos?...’”



había salido en medio de escándalos, para ser nombrado alcalde de Medellín. Y como primer mandatario de la capital de Antioquia, acompañaba a Escobar y a José Obdulio a la entrega de las casas del programa “Medellín sin Tugurios”. En su lugar, había dejado a su mano derecha, César Villegas, alias el “Bandi”, quien años después, sería judicializado por narcotráfico.

Pero sus sospechas las terminaría corroborando cuando se realizó el mayor golpe efectuado al narcotráfico en toda la historia de Colombia y del mundo: el allanamiento del mega-complejo de narcóticos, que la mafia, sarcásticamente había denominado: Tranquilandia.

Faltándole días para salir del gobierno, Turbay declaró de libre importación y eximió de impuestos controvertidos insumos como el éter, uno de los precursores en el refinamiento de la cocaína. Cuando en diciembre de 1983 los hermanos Ochoa Vásquez, Pablo Escobar y Carlos Lehder embarcaban desde Chicago 73 barriles de éter con destino a Colombia, no llegaron a imaginar que encaletados entre estos insumos, agentes de la DEA habían implantado, en coordinación con la Unidad Antinarcóticos colombiana, unos sofisticados aparatos de rastreo. Fue así como el 8 de marzo de 1984, el Coronel Ramírez, al mando de la Unidad Antinarcóticos y el Ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, después de una operación realizada en la más absoluta discreción -para evitar que se filtrara por los funcionarios que la mafia tenía trabajando en la policía y en el alto gobierno- allanaron en

los llanos del Yarí el complejo de narcóticos denominado Tranquilandia.

Este mega-centro de producción de cocaína contaba con 8 pistas de aterrizaje, todas ellas camufladas por enormes árboles plantados sobre recipientes con ruedas, para poderlas descubrir fácilmente, y equipadas de modernos equipos de aeronavegación nocturna. 14 laboratorios de la más alta tecnología e intercomunicados entre sí, de los cuales salían 20 toneladas de cocaína a la semana. Un enorme casino para los pilotos y profesionales vinculados a los laboratorios, con toda clase de lujos y comodidades. Un arsenal que incluía ametralladoras Mini-uzi, R-15, fusiles Galil y todo tipo de pistolas automáticas. Además, en Tranquilandia se decomisaron numerosas aeronaves, entre ellas un helicóptero<sup>17</sup> perteneciente al padre de Álvaro Uribe Vélez, el ex director de la Aeronáutica que había beneficiado tanto a los narcos.

## La venganza de la mafia

Lara llegó con sentimientos encontrados después del operativo de Tranquilandia. Por un lado, lo embargaba una sensación de victoria ante semejante golpe asestado al narcotráfico; pero por otra

17 El helicóptero decomisado fue el Hughes 500, modelo 369D, de matrícula HK 2704-X. Este aparato llegó a Colombia el 27 de octubre de 1981, importando por Alberto Uribe Sierra, quien demoró tan sólo cuatro horas en obtener su licencia de operación y su matrícula, gracias a la intervención del director de la Aeronáutica, su hijo.



parte, el operativo había descubierto ante sus ojos el enorme poder que tenía la mafia. Mafia de la cual Escobar era tan sólo una ficha más, ya que detrás de su estrambótica imagen se camuflaban otros poderosos intereses.

El Ministro por primera vez sintió un miedo paralizante. De lo hallado en Tranquilandia, los enormes laboratorios, las modernas pistas y la cocaína destruida eran lo de menos; y la ira de Escobar, Leher, los Ochoa o el Mexicano pasó a un segundo plano. Y esto, porque él sabía que la mafia o la subversión nunca podrían acabar con un Estado. Su entrada en pánico estaba infundada en un cuaderno, encontrado en el complejo de narcóticos, una libreta que daba cuenta de contactos, colaboradores y de toda la red política, militar y empresarial que estaba detrás de los carteles. Lara entendió que contrario a lo que él había pensado hasta el momento, la mafia no quería acabar con el Estado, la mafia quería ser el Estado.

Desde ahí, el ministro no volvió a ser el mismo. Perdió su buen humor, desconfiaba de todos y de todo, y fue cuando no pudo más y confeso por primera vez que tenía miedo. A su hermana Cecilia<sup>18</sup>, le contó detalles de la operación del Yará, pero no quiso profundizar para no comprometerla, con la bomba que, él sabía, podía hacer estallar al país. Sin embargo, si le advirtió que si algo le llegaba a pasar, los culpables serían los que más tenían que perder con el allanamiento, la clase política que había captado la mafia. Entre ellos, los dueños del helicóptero que se decomisó en Tranquilandia, advertencia que igualmente le

---

**L**ara entendió que contrario a lo que él había pensado hasta el momento, la mafia no quería acabar con el Estado, la mafia quería ser el Estado.

---

hizo al coordinador de la operación, el Coronel Jaime Ramírez Gómez.

Y, como si adivinara que sus días estaban contados, se apresuró a adelantar su estocada final a las mafias: un banco de datos sobre los dineros calientes en la política, en las empresas y en el sistema financiero. Un sistema de información para controlar el narcotráfico, que como el anunció ante el Congreso: “va a permitir saber con claridad a los colombianos, quién es quién en el país. Descifrar, muchas cosas confusas (...) e impedir que los narcos sometan a la sociedad a sus tenebrosos designios”

Sin embargo, el Presidente Betancur le pidió la renuncia, diciéndole que por su seguridad era mejor que se fuera del país; y le ofreció la embajada de Alemania, a la cual debería partir el 20 de mayo.

Pero tanto la embajada en Alemania como la base de datos de los dineros calientes se frustrarían el 30 de abril de

---

18 En declaraciones publicadas por el Nuevo Herald (9 de diciembre de 2007), la hermana de Rodrigo Lara Bonilla, Gloria Lara, afirma que su hermano, días antes de su asesinato, le comentó que el narcotráfico había infiltrado todos los sectores de la sociedad, y como muestra de esa infiltración le mencionó a Alvaro Uribe Vélez y a su padre Alberto Uribe Sierra.



1984. Ese día, a la altura de la calle 127, una motocicleta roja apareció de la nada y dos muchachos de la escuela de sicarios de Isaac Guttman alcanzaron el Mercedes blanco de Rodrigo Lara, y le descargaron las 25 balas calibre 45 de la subametralladora Ingram, que terminaron con la vida del Ministro. Rodrigo Lara Bonilla muy seguramente el día de su asesinato debió ver con terror y angustia, que aquel niño que se acercaba a su ventana para acribillarlo, escasamente superaba los catorce años. Y era, antes que un sicario, una víctima más de aquel infame país que el tanto quiso cambiar.

A partir del asesinato de Lara, el presidente Betancur aplicó la extradición y desató la ira de los narcos y la época del narco-terrorismo. A lo largo de la segunda mitad de los ochenta, los narcos plagaron de bombas las calles de las principales

ciudades; volaron centros comerciales; hicieron explotar un avión de Avianca en pleno vuelo; dinamitaron sedes de medios de comunicación; destruyeron el edificio del Das; asesinaron a centenares de jueces, policías y periodistas honestos; mataron a Don Guillermo Cano, al procurador Mauro Hoyos y al Coronel Ramírez.

Y por último, y ya fusionados con el brazo armado que ellos mismos habían ayudado a conformar, asesinaron a los mejores hombres de la política colombiana. Ya que, sin importar que fueran de izquierda como Pizarro, de derecha como Álvaro Gómez o de centro como Galán, su ética pública era obstáculo que había que eliminar, para la instalación de un Estado mafioso que controlara las instituciones del gobierno, infiltrara el Congreso de la República, intimidara y captara a jueces y magistrados y silenciara a la prensa<sup>19</sup>.

---

 ✕



---

19 Carlos Castaño, en una carta publicada por la revista *Semana*, dijo que: “fue el coronel González quien asesinó a Álvaro Gómez. Coronel que compartía el proyecto de las mafias y sectores políticos de convertir a Colombia en un “narco Estado” y un refugio internacional para criminales”. Menciona el jefe paramilitar que “Este coronel encabeza un demencial proyecto desde hace varios años: lo denominan ‘Plan Birmania’”. Pretenden involucrar la mayor cantidad posible de personas y miembros de instituciones del Estado en el narcotráfico (...) y se implantaría un régimen narco en Colombia”.